



XIX
CONCURSO
NARRACIÓN
GONZALO
TORRENTE
BALLESTER

RELATOS GANADORES 2018-2019

Concurso de narración

Gonzalo Torrente Ballester



IES Torres Villarroel

Concurso de narración

Gonzalo Torrente Ballester

Relatos ganadores
2018-2019

INDICE

¿Rutina? 7

PRIMER PREMIO

Paula Lázaro Martínez

IES Vela Zanetti - Aranda de Duero

Escribeme una carta 15

SEGUNGO PREMIO

David Heredero Sánchez

IES Torres Villarroel - Salamanca

25 de noviembre 25

PREMIO ALUMNO DEL CENTRO

Carlos González Martín

IES Torres Villarroel - Salamanca

PRIMER PREMIO

Paula Lazaro Martínez

IES Vela Zanetti - Aranda de Duero

¿Rutina?

Como siempre las señoras con sus perros. Los dos pequeños y el grande. Es curioso porque el grande y el más chiquitito se parecen, son peludos y parecen suaves. El otro no. El otro tiene el pelo corto y no es amable, ladra mucho.

—Hola.

—Buenas tardes. —Sonrío.

Saludo a las señoras y al perro, solo al gruñón, ya que es el único que va a contestarme.

—¡Guau! —Ladra furioso.

Pese a todo, es el más educado. Pasan por mi lado y sigo mi camino mirando a los árboles. Están secos. El camino en invierno también tiene su encanto, pero es en otoño, a finales de octubre, cuando los amarillos y rojizos restallan, el momento en el que más disfruto el paseo. Todos los martes y miércoles vengo por aquí para ir a teatro. A mi madre no le gusta. No le gusta que venga por aquí. El camino está al lado del río y ella alega que no pasa nadie y que es muy peligroso. Además, es más largo. Lo que pasa es que ella no entiende nada. No entiende que todos los días yo

me cruzo a las dos señoras, a los dos perros pequeños y al grande que se parece a uno de los pequeños. La principal razón de seguir esta ruta alternativa es que adoro el agua, los reflejos del sol del invierno con la luz blanquecina del sol dan la impresión de ser eternos, aunque sé que cuando pase de nuevo un par de horas después, habrán desaparecido. Como decía, mi madre dice que no es seguro venir por aquí, pero yo sé lo que debo hacer. Si veo que viene alguien correré y me zambulliré en el río, nadaré, nadaré y nadaré como un pulpo hasta que toque el fondo, entonces me impulsaré hacia arriba, abriré los ojos, respiraré hondo y esa luz blanca del sol del invierno me cegará de tal manera al salir de lo profundo, que no veré nada y todos los peligros ya no estarán. Se los habrá llevado el agua. Todo eso no lo entiende mi madre.

Como el camino termina, tengo que salir al paseo lleno de bancos diseñado por algún urbanista en algún lugar del mundo. Es raro, porque pese a ello, el encanto de la naturaleza sigue presente. Aún quedan hojas secas por el suelo y el viento agarra una de ellas y se la lleva. Solo una, más afortunada que sus compañeras, que no han sido elegidas por este. A pesar del aire, no hace mucho frío. Noto el sol en mi cara, pero no lo miro porque puedo quedarme ciega si lo hago. Cada vez tengo más calor, parece que el sol me está incitando con su fuego a que lo mire, a que le diga algo, pero cuando estoy a punto de caer en la tentación, llego a teatro suspirando aliviada. Saludos. Comenzamos a ensayar. Recito mi papel de forma mecánica porque ya me lo sé, prácticamente sin mirar a mi compañera, que está frente mí. Es una chica muy delgada, con las piernas de juncos y el pelo zanahoria larguísimo. Es el culmen de la escena y la miro a los ojos para soltar mi parrafada final. Sin embargo, algo me distrae. Un punto. Un punto negro que está recorriendo su cabeza, hacia un lado y otro, luego en círculos, muy rápidamente, de forma incansable, sube y baja por su pelo a una velocidad sobrenatural. Enfoco la mirada y puedo ver sus patitas pegándose y despegándose de su cuero cabelludo. ¿Tiene alas? Me equivoco una vez, las palabras se entrecruzan en mi mente. El bicho parece cada vez más grande, se me traba la lengua, va hacia la derecha, hacia la izquierda, en su incansable carrera, la cabeza se me empieza a encoger como si un pulpo estuviera oprimiéndola con todas sus fuerzas,

se me seca la boca. Mis ojos ya no pueden perseguir más al insecto que sigue aumentando su velocidad, me duelen por no parpadear, me confundo de palabra de nuevo.

—¿Puedo ir al baño?

Me lavo la cara mientras me pregunto por qué no la he avisado. Al contrario de lo que pensaba, el agua no consigue llevarse la imagen de mis pensamientos. Ni siquiera el agua puede llevársela. Regreso. Digo que me encuentro mal y vuelvo a casa. Ya no miro las hojas, ni los reflejos, ni el rostro conocido de los desconocidos que se cruzan en mi camino. Tardo mucho en dormirme y cuando lo hago sueño con el bicho. Me despierto e intento comprender el motivo por el que no he avisado a esa niña de que aquella alimaña estaba sobre ella como tratando de desgastarla con su trote continuo intentando buscar una entrada dentro de ella para quedarse siempre en su interior, quizá adueñándose de su voluntad o encontrando un refugio en su corazón y allí poder morir en paz. Podría ser un ser bueno, la repulsa que me había generado podría ser un mero problema mío. Lo único que sé es que es que el pulpo que aquella tarde había comenzado a oprimir mi cabeza seguía allí, manteniéndome presa de la horrible imagen.

No me duermo, así que me levanto y camino hasta el instituto por el camino seguro, el diseñado por un urbanista, ya que de noche mi camino sí que es peligroso porque no hay señoras, ni perras, ni reflejos, ni sol. Llego cuatro horas pronto. Aún es de noche. Me recuesto haciéndome una bolita delante de la puerta y me duermo. Me despierta tiempo después el sol, al que doy las gracias sin mirarlo, lanzándole un beso. Miro el reloj y descubro que hace varias horas que debería estar en clase. ¿Cuánto he dormido? Entro. Me disculpo por el retraso y me siento. Odio mi mesa porque está lejos de la ventana y no veo bien los árboles. En primavera, puedo ver las ramas más altas, pero como ahora es invierno, las han podado y solo alcanzo a ver el edificio amarillo de ventanas pequeñas de enfrente, que parece un bloque muy grande de mantequilla. No puede ser. Es una imaginación. No he descansado

suficiente esta noche. Parpadeo, pero sigue ahí. El bicho. Corriendo por la cabeza de la chica que tiene mi sitio soñado, al lado de la ventana. Esta vez salta. Salta de un lado para otro, como poseído por un muelle viviente. Como uno de esos que tienen encima un payaso. Es aterrador. Como Willy Fog dando la vuelta al mundo en un bucle continuo, gira y gira.

—¿Puedo ir al baño?

—Queda poco para el recreo.

Empiezo a sentir la presión en mi cabeza, noto el peso, estoy sosteniendo una gran vaca amarilla sobre mí, tremendamente pesada, mi silla se va a romper en dos. En contraste con ello, el bicho parece no pesar nada saltando como un niño pequeño en una cama elástica de la feria. ¡Plas! El chico que tiene detrás lo ha matado de una palmada, o eso cree él. No sabe que la alimaña es inmortal y ha huido en busca de un nuevo corazón dónde anidar. Ring. El timbre. Me voy a casa, no puedo quedarme cerca de aquel lugar en el que desapareció, no es seguro. A pesar de que a estas horas no hay señoras, vuelvo por el camino del río, y al no cruzármelas, comienzo a ponerme nerviosa mientras las palabras de mi madre resuenan en mi cabeza. De pronto, al fondo del camino veo un punto negro, la luz te está jugando una mala pasada me repito a mí misma en voz baja. Pero no. Según avanzo, el punto se va agrandando y ya no es el pequeño animal que podría haber tenido en la palma de mi mano. Respiro profundamente intentando mantener la calma. Cada vez crece más y avanza rápidamente a la vez que muy lento. El mundo se me viene encima, tengo mucho calor y no para de crecer y crecer. Prácticamente lo tengo encima, el sudor recorre mi piel. Las palabras de mi madre no paran de sonar en mi cabeza superponiéndose, repitiéndose en un bucle infinito. El bicho es diez veces más grande que yo, pero sé lo que tengo que hacer. Comienzo a correr y el calor continúa creciendo en mí. Me tiro al agua, que me envuelve y empuja hasta el fondo. Intento nadar hacia arriba, es imposible. El agua está helada y no puedo mover mis extremidades. Texturas extrañas recorren

mi piel y me revuelvo para escapar. No me queda aire. Algo me está oprimiendo el brazo, cada vez más intensamente, me lo quiere arrancar. Entonces, cuando ya no puedo soportarlo más esa fuerza tira de mí hacia arriba. Saco la cabeza del agua, aspiro profundamente y cuando abro los ojos, la luz blanquecina del sol me deslumbra por un instante.

Debería haber seguido el consejo de mi madre.

SEGUNDO PREMIO

David Heredero Sánchez

IES Torres Villarroel - Salamanca

Escribeme una
carta

Todos los días miraba el buzón y recogía la propaganda, era una costumbre que tenía desde pequeño. Lo hacía, aunque sabía que no habría ninguna carta importante, todas las facturas, recibos, etc. llegaban al email. Era una manera de ahorrar papel y este método le parecía más cómodo.

Su padre le aseguraba que si hubiera conocido las cartas en papel las echaría de menos. Le contaba cuántas cartas había escrito a sus amigos todos los veranos cuando se iba al pueblo, contándoles sus aventuras. Parecía como si volviera a aquella época, de hecho, todavía guardaba en una cajita de metal algunas de las que él había recibido en aquellos años. Le decía que los mensajes del móvil se borran y se olvidan y que hay cosas en la vida que con el paso del tiempo te gusta recordar y volver a leer.

Carlos estaba cansado, había sido un día duro, pero estaba contento porque el examen le había salido bastante bien. Había estudiado mucho y quería sacar buena nota. Estaba en primero de derecho y los exámenes eran muy duros. Tenía ganas de terminar el curso y volver a casa con sus padres y su hermana pequeña. Era la primera vez que vivía solo y les extrañaba mucho, pero a sus dieciocho años era un chico muy atrevido y dispuesto a luchar por conseguir lo que quería. Le estaba resultando difícil vivir en otra ciudad, estaba a bastantes kilómetros y solo podía ir a casa en

vacaciones. Compartía piso con un compañero de clase bastante simpático y alegre al que le gustaba mucho salir y casi nunca estaba allí.

Se tumbó en el sofá gris y se acurrucó en el hueco, ya un poco deforme, que tenía el mueble para descansar un rato. Estaba mirando los papeles que había dejado sobre la mesa y, de pronto, se sobresaltó y se incorporó rápidamente. La propaganda que había en el buzón escondía entre las hojas una carta. A Carlos le pareció muy raro, hoy en día nadie escribía cartas. El sobre no tenía remitente y en la parte delantera estaba escrito a mano «A quien lo quiera leer».

Sin darse cuenta, sus dedos ya habían rasgado el sobre y tenía entre sus manos varias hojas de papel cuadriculado algo arrugadas escritas por algún desconocido. La curiosidad era algo muy propio de él y quería saber de que trataba la carta. Comenzó a leer:

«Noté la soledad nada más llegar esta tarde al frío apartamento y pensé que quizá no había sido buena idea lo de vivir solo. Estaba muy bien decorado, las paredes eran blancas y tenía mucha luz. Los muebles rojizos eran elegantes, estaban hechos de madera de roble, como a mí me gustan y el dormitorio era muy amplio con un gran armario lleno de cajones y estanterías. Me pareció un lugar acogedor. Después de observarlo todo detenidamente, comencé a deshacer la maleta, más tarde me di una ducha y me puse cómodo.

Nadie sabe dónde estoy, pero tengo que empezar una nueva vida. Mi cabeza no deja de pensar en lo que ha ocurrido esta mañana, hace tan solo unas horas. Por eso necesito hablar con alguien. Puede que no sepas quién soy, será lo más probable. En estos momentos te estarás preguntando por qué eres tú quien está leyendo este trozo de papel y no otra persona. La única respuesta que puedo darte es que ha sido el destino quien te ha elegido. Solo te pido que no la rompas, si no quieres leerla métela en el sobre y envíala de nuevo por mí. Gracias.»

Carlos estaba muy extrañado, pero quería saber que más decía la carta y siguió leyendo:

«Al subir al tren he visto a un hombre que parecía buscarme, corría por el andén de un lado a otro, aunque quizás ha sido mi mente que imaginaba que todo acabaría en ese instante. Sin embargo, fuera como fuese un silbido muy agudo del tren anunció su salida y mi huida, por fin, era posible. No puedo creer que lo esté haciendo.»

Ésta seguramente sea solo una etapa en mi gran viaje a lo desconocido, a mi nueva vida. Por eso quiero ir dejando miguitas, recuerdos de las cosas importantes que me han sucedido, dándole un trocito de mí mismo a algún desconocido. Así no estaré tan solo y podré contarle a alguien mi vida o una parte de ella. Seguro que quieres saber de qué o de quién estoy escapando, pero realmente no es algo importante que debas saber, por eso creo que es mejor no decirlo.

Crecí siendo muy feliz, en una casa llena de amor y felicidad, con unos buenos padres que se preocupaban por mí. Se puede decir que tuve todo lo que un niño puede desear. Mi padre era algo rígido y severo, pero se ablandaba siempre con las palabras de mi madre, se querían muchísimo. La verdad es que estaba poco en casa por motivos de trabajo, pero estábamos muy unidos. Era militar y viajaba mucho. Por eso cuando volvía a casa todo eran risas y cariño.

Recuerdo mi sexto cumpleaños como si fuera ayer, mi madre había preparado una gran fiesta con todos mis amigos. Yo estaba muy contento disfrutando del día cuando, de repente, apareció mi padre. Mi madre siempre decía que cuando le vi en la puerta mis ojos azules parecieron dos luceros enormes de lo que brillaban. Traía un regalo en una pequeña caja de color rojo. Nunca lo olvidaré. Fue el regalo más importante para mí, no por el regalo sino por lo que significaba. Eran unas alas metalizadas de color dorado que rápidamente colocó en mi camisa con el alfiler. Me dijo: “Guárdalas siempre, así te acordarás de mí”.

Ahora lo llevo siempre en mi corazón y nunca me separo de aquellas alas, forman parte de mí. Mi padre murió hace algunos años, pero su recuerdo siempre está conmigo.

Tengo que despedirme, se me está haciendo tarde. No sé si volverás a saber de mí o puede que sea otro el que lea mis palabras. En estos tiempos que corren es difícil encontrar a alguien que lea cartas.»

Carlos estaba emocionado con las palabras de aquel extraño, era una historia realmente bonita, pero llena de incógnitas. No sabía quién le escribía, ni dónde estaba, ni de quién estaba huyendo, pero algo dentro de él se había removido. Posiblemente lo que decía su padre de las cartas era verdad y despertaban sentimientos ocultos. Esperaba que quién quiera que fuera aquel remitente volviera a escribirle a él y no a otro, quería saber más cosas. Incluso si hubiera podido le habría contestado con otra carta, algo que antes no se le habría pasado por la cabeza. Siempre había pensado que con los correos electrónicos y las nuevas tecnologías todo era mejor. Tal vez sí o tal vez no, depende para quién.

Pasaron los días y, como siempre, Carlos miraba el buzón a diario, aunque ahora lo hacía más nervioso que de costumbre. Quería saber si había llegado alguna nueva carta, buscaba entre los papeles y nada. No podía imaginar cómo algo así le podía poner tan nervioso y estar tan intrigado.

Por fin, un día al regresar a casa la vio, era otra carta, allí estaba. No pudo esperar más y la abrió subiendo las escaleras. Era de aquella intrigante persona, había vuelto a escribirle. Dejó los libros y se sentó en el sofá a leer tranquilamente:

«Han pasado muchos años desde que la conocí, treinta y nueve si no recuerdo mal. Ella es lo más importante de mi vida. Separarme de Laura ha sido lo más difícil que he hecho nunca, pero ha sido lo mejor. Todo este tiempo a su lado ha sido maravilloso y

extraordinario. Me dio lo más bonito del mundo, mi hija Natalia a la que adoro. Juntos vivimos momentos buenos y malos, pero los pudimos superar.

Seguro que tú también conoces o conocerás a alguien tan especial como Laura porque eres un buen muchacho ... »

Carlos se detuvo un instante, ¿le conocía?, ¿quién era? Rápidamente continuó leyendo:

« ... Hace tan solo diez días que me fui y la echo mucho de menos. Todas las tardes solíamos ir a dar un paseo por las calles de la ciudad, mirábamos los escaparates de las tiendas y, de vuelta a casa, tomábamos un chocolate en el bar de Fernando, mi gran amigo. Ahora mismo puedo sentir su aroma como si estuviera allí. Me gustaría tanto regresar, pero no puedo. ¡Ojalá pudiera!

Contarte estas cosas me ayuda a seguir adelante. Creo que voy a seguir charlando contigo, a mi manera claro, porque el único que habla soy yo. De esta forma me siento mejor. Me gusta este sitio, he decidido quedarme un tiempo. Hasta pronto.»

Carlos no entendía nada, la primera carta daba a entender que escapaba de algo y esta otra decía que quería regresar a su casa. Lo bueno es que las cartas seguirían llegando y podría entenderlo todo. Parecía una serie de televisión de esas de intriga que tanto le gustaban, pero en papel. Estaba deseando que llegara la próxima.

Ya habían pasado tres meses y todos los viernes en el buzón Carlos tenía una nueva carta. Era emocionante esperar su llegada y leer su contenido. Manuel, que así se llamaba el autor, como él mismo le había revelado, le había ido contando en cada una de ellas cosas de su vida. Ya casi era como si le conociera de siempre y fueran grandes amigos. Carlos sentía curiosidad por conocerlo, verlo en persona y poder hablar con él para decirle lo mucho que le apreciaba, pero no sabía cómo ponerse en contacto con él.

Alguien dejaba las cartas en su buzón, pero ¿quién? Quizás, mandaba a un mensajero o las dejaba allí él mismo. Tenía que averiguarlo, quería decirle muchas cosas.

Sin embargo, ese viernes no hubo carta y al siguiente tampoco. Carlos estaba preocupado, pudiera ser que a Manuel le hubiera pasado algo, era un hombre mayor que vivía solo y era muy raro que no le escribiera. Era ya una costumbre. Por suerte no fue así y al siguiente viernes la carta llegó. Manuel no explicaba qué le había sucedido, por qué no había escrito las dos semanas anteriores, solo le contaba, como siempre, cosas de su vida y anécdotas importantes para él.

Al siguiente viernes, Carlos regresó antes a su casa para buscar unos apuntes importantes que había olvidado y se cruzó en el portal con un hombre mayor. Tendría unos setenta años, era alto, pelo canoso e iba bien vestido con un traje gris oscuro y corbata. Estaba como desorientado y había algo en su rostro que reflejaba tristeza y miedo.

—Señor, ¿le ocurre algo? —le pregunto Carlos.

—¿Quién eres? —le contestó el anciano.

—Soy Carlos, el chico del tercero, ¿vive usted aquí? —le volvió a preguntar.

—No lo sé —contestó con voz temblorosa.

Entonces Carlos se fijó en algo que asomaba por debajo de la chaqueta de aquel hombre. Eran unas pequeñas alas doradas. No podía ser posible. Su mente empezó a recordar, en la primera carta le había hablado del regalo de su padre. Le había dicho que nunca se separaba de aquellas alas. Tal vez solo era una casualidad, cualquiera podría tener esa insignia, pero cuando se fijó en aquellos ojos azules supo que era él, era Manuel. Era como si en sus ojos hubiera visto todo lo que durante aquel tiempo le había escrito, todos esos sentimientos que había en sus cartas estaban en aquella mirada.

El portero del edificio le dijo que era el vecino del primero, que llevaba unos cuatro meses viviendo en el edificio, que no tenía familia y nadie le visitaba. Ahora entendía por qué le conocía y por qué le resultaba tan fácil dejarle las cartas en el buzón.

Carlos le llevó al hospital para que le viera un médico. Allí le dijeron que Manuel tenía Alzheimer. La enfermedad estaba bastante avanzada y las pérdidas de memoria iban a ser muy frecuentes. Las miradas de Carlos y Manuel se cruzaron y, como si se conocieran de toda la vida, Carlos lo entendió todo, las cartas eran una manera de recordar su vida, de no olvidar nada ni a nadie. La enfermedad había avanzado y por eso esas dos semanas no había recibido cartas, se le había olvidado escribirlas.

Manuel supo que tenía que decirle dónde vivía su familia porque, de todas formas, Carlos haría lo imposible por encontrarla y llevarle de vuelta a casa.

Allí en la puerta estaban Laura y Natalia. Al verlo le dieron un gran abrazo. Carlos les contó todo lo que había sucedido desde que recibió la primera carta. Ellas no habían dejado de buscarle y no comprendían por qué se había marchado. No sabían nada de la enfermedad, no se lo había dicho a nadie. Manuel recibió la noticia el mismo día que se fue y en ese mismo momento decidió que no quería hacerlas sufrir, que vieran como las olvidaba y se marchó en el primer tren. Pero ahora se daba cuenta de cuánto las necesitaba, no volvería a huir y disfrutarían juntos de cada momento.

Manuel siguió escribiéndole hasta que su enfermedad se lo impidió y fue su nieta María la que le escribía para contarle como estaba su abuelo, pero esta vez Carlos podía contestarle y contarle también sus cosas. María y él decidieron seguir escribiéndose cartas a pesar de que los dos eran jóvenes y podían usar el email. Sin darse cuenta, esto se convirtió en un hábito, disfrutaba escribiéndolas y leyéndolas.

Han pasado diez años y Carlos nunca ha olvidado a Manuel. Tiene una caja llena de cartas que de vez en cuando saca y lee una y otra vez. Es como decía su padre

«*volver a vivir*». Siempre recordará al hombre que le ayudó a descubrir su verdadera pasión, escribir. Gracias a él, Carlos no se convirtió en abogado sino en escritor y su primer relato se tituló «*Escríbeme una carta*».

PREMIO ALUMNO DEL CENTRO

Carlos González Martín

IES Torres Villarroel

25 de noviembre

Era luz. Era como un rayo que cae directamente del cielo. Como una tormenta, una tormenta típica de verano que llega de la nada y te cala hasta los huesos. Era como la brisa en otoño, esa capaz de tirar las hojas marchitas de los árboles. Era. Esa forma verbal que muestra que tuvo un lugar en el mundo, en este mundo injusto y lleno de maldad.

Hoy, 25 de noviembre la recuerdo. No precisamente por una buena causa, la recuerdo porque es el día en que todos unimos nuestras voces para gritar. Para contar una historia. En este caso Ella no puede contarla, ya no. Por eso lo hare yo, su compañero de pupitre en clase. Para que no sea un número más en un archivo, para que el mundo conozca su historia y no caía en el olvido.

Todo empezó el 17 de septiembre, inicio de un nuevo curso.

Al entrar en clase apenas caí en la cuenta de su presencia, ni una mirada en su dirección, ni un gesto que me hiciera fijarme. Escogí estratégicamente mi sitio, localizado cerca de la ventana; así se me pasarían las horas más rápido. Dos semanas, ese es el tiempo que tarde en verla, en encontrar mi sitio.

Poco a poco fui cambiándome de asiento hasta situarme lo suficientemente cerca como para observarla sin que fuera descarado. Tímida, vergonzosa pero valiente. Esos

tres adjetivos acudieron a mi cabeza cuando la mire. Fue consciente en todo momento de mis observaciones y no tardó en hacérmelo saber con un gesto muy desagradable del dedo corazón. Ese gesto me hizo gracia y no pude evitar que una sonrisa inundara mi cara. Aun puedo recordarla.

Pocos días después mis observaciones fueron a más y sus gestos ya se habían convertido en una tradición. No podía creerlo, echaba de menos nuestros pequeños contronazos, totalmente ajenos al transcurrir de la clase. Eran nuestros, de nadie más.

Me fui acercando poco a poco pero no me pasó desapercibido el hecho de que ella se alejaba. Cuanto más hacia yo por acercarme ella más huía.

No sabría decir que fue lo que me llevó una mañana a sentarse a su lado. No sé si fue la curiosidad por ver como reaccionaria o la diversión por ver cuánto tardaría en dedicarme uno de sus gestos. Pero como era de esperar su reacción me dejó desconcertado. Me dedicó una sonrisa, pequeña y casi invisible pero una sonrisa. Pasamos la mañana hablando, perdí la cuenta de la cantidad de veces que nos llamaron la atención. Me negué a dejar de hablar con ella. Pronto cogimos esa rutina. Fue fácil y sencillo, me atrevería a decir que incluso cómodo.

Pero esa comodidad tardó poco en romperse, concretamente una semana. Una semana tardó mi mundo en romperse, en hacerme mil pedazos y caer a mis pies.

Conoció a alguien. Más que a alguien a un monstruo. El monstruo al que todos tememos de pequeños. El monstruo que acecha nuestros sueños infantiles.

El día que me lo contó tenía un brillo diferente en los ojos. Se la notaba más animada, más viva. Estaba enamorada. Perdidamente enamorada y yo la observaba. Me contó hasta el más mínimo detalle. No fui valiente y no le reconocí el daño que me estaba haciendo, me valía con verla sonreír a pesar de saber que el motivo no era yo.

Fui otro mero espectador en esta historia, un espectador que tenía que haberlo parado todo, a pesar de lo que ella me decía.

A finales de octubre sucedió. Lo peor que pude ver y veré en mi vida. Una marca ligeramente purpura bañaba su mejilla izquierda. No pude contenerme y le grité. Le solté toda la rabia que bañaba por dentro, todo el daño que me había hecho al querer a un monstruo. Ella me miró, cerró los ojos, suspiró, se levantó y se fue. Sin decirme nada, sin despedirse. Simplemente se fue. Lo último que vi fue su hermosa melena larga en movimiento, alejándose de mí.

La rabia me consumió tanto que no salí detrás de ella, no le hable, no la ayudé.

Al día siguiente no vino a clase, todo el discurso que tenía preparado para disculparme se quedó en el fondo de mi garganta, en lo más hondo de mi pecho.

Los rumores no tardaron en llegar. Primero empezó como un murmullo, un conjunto tenue de voces a las que yo no quería creer. Los rumores aumentaron hasta que finalmente el tutor de nuestra clase nos lo confirmó.

El 15 de noviembre lo poco que quedaba en pie en mi mundo terminó por derrumbarse. No había nada que me sujetara en ese momento, caí. Caí en una espesa oscuridad de la que no he sido capaz de salir hasta hoy. Hasta este 25 de noviembre de 2018, el día en que he querido dar a conocer su historia. La historia de una adolescente perdidamente enamorada. Enamorada del chico equivocado, del propio monstruo de su cuento.

Ella se fue sin saber que el amor verdadero no duele, no marca, no mata.

Y yo me quedé en este mundo injusto, malvado y vacío. Encargado de hacer que su historia, su verdadera historia no sea un caso más sino su verdadero cuento.



IES Torres Villarroel